

Apuntes de viaje

- El escritorio de Hemingway con su máquina de escribir, estante de libros y diversos trofeos de sus aventuras.



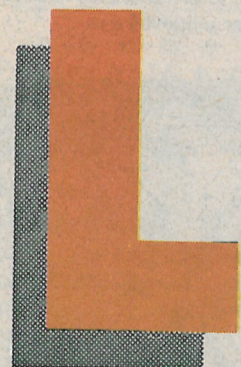
- El monolito que marca el punto más al sur de los EE.UU. y anuncia las 90 millas de distancia a Cuba.



Recordando a "Hem" a 90 millas de Fidel

● A Cuba y los Estados Unidos no sólo los separa el mar y la desconfianza. También tienen de por medio unas trescientas islas, tan raras y pequeñas que la carretera que las conecta no da la sensación de tener muchos puentes, sino más bien de ser un solo puente largo con islas intercaladas. Se llaman las "Keys" de Florida, no porque sirvan de entrada al país ("key" significa llave), sino porque al hacerse norteamericanas los nuevos dueños emplearon el mismo método etimológico con que habían convertido "Tejas" en "Texas", y convirtieron "Cayos" en "Keys".

Por Patricio Rojas



La carretera-puente también tiene su historia. En un país donde toda vía importante es tipo autopista, con mucha eficiencia pero poca personalidad, y donde la gracia de los nombres ha dado paso a la utilidad de los números (al revés de lo que pasa en Santiago, donde la eficiencia es relativa pero todo tiene al menos un nombre y a veces hasta dos; ex Macul, Alameda Bernardo O'Higgins, etc.), el camino de

los Cayos ha logrado mantener su carácter de ruta antigua. Se llama la Carretera Nacional Número 1, y va bordeando toda la costa atlántica del país, desde Canadá hasta el Caribe. En su trayecto final, le ofrece al viajero una elección de costas. A la derecha el Golfo de México, con sus aguas verdes y sus playas llenas de pequeñas conchas y jaibas. A la izquierda el Océano Atlántico, azul y temperamental, lleno de peces que saltan al aire cuando uno menos lo espera. En los tramos de tierra firme, entre tiendas que venden monedas de naufragios recién descubiertos y señales de tránsito que proclaman "Cruces de cocodrilos", la flora tropical deja en vergüenza



• La piscina de 20 mil dólares (de los de antes...) en la casa de Hemingway, en Cayo West.

nuestros exiguos esfuerzos por imitarla; hay gomeros del tamaño de un pino, hojas de filodendro por cuyos agujeros cabría una palta, y palmeras que dan fruto. La Carretera Número 1 se acaba en Key West, la ciudad más al sur de todo el territorio continental de Estados Unidos. Queda dos veces más cerca de Cuba que de Miami, lo que la ha hecho muy popular en la jerga geopolítica. He permitido, por ejemplo, que un sinnúmero de discursos estridentes se refieran a Cuba como "aquel bastión comunista a 90 millas de la frontera" (decir "la dictadura personalista a 2.900 kilómetros de Nueva York tiene mucho menos impacto"). Y los cubanos de Florida, a quienes la ausencia no les ha mermado las esperanzas ni la ironía, describen cada muelle de Key West como "el primer tramo del puente a Cuba".

Pero por suerte Key West también tiene atractivos menos contingentes. La casa del escritor Ernest Hemingway, por ejemplo, es famosa no sólo por su dueño, sino además por ser la primera de la ciudad en haber tenido piscina. La hizo construir la segunda esposa del escritor, mientras él estaba en España, cubriendo la guerra civil. Al regresar y descubrir la piscina, don Ernesto se alegró bastante, pero el buen humor se le acabó rápidamente al enterarse de cuánto había costado: 20.000 dólares, lo que en esa época era aún más. El arrebato que le dio fue legendario. Acusó a su mujer de querer gastarle hasta el último centavo y, como toque histriónico, sacó del bolsillo una moneda y la tiró al suelo, gritándole: "¿Estás contenta por fin? Ahí tienes mi último centavo". Doña Pauline, que sabía que las venganzas a largo plazo satisfacen tanto más que las pataletas del momento, guardó el centavo y lo hizo empotrar en una placa de cemento al borde de la piscina, para el eterno escarnio de la mezquindad de su marido.

Creo que la venganza hubiera sido total si lo único que uno recordara de la casa fuera la piscina de la discordia. Pero no es así, porque la personalidad polifacética de Hemingway no lo permite. Su doble carácter de artista y hombre de acción, por ejemplo, se ve en cada rincón. Las paredes están cubiertas de fotos en que se le ve con algún millonario famoso, los dos sonriendo al lado de un pez que acaban de pescar. El pez es siempre tan grande que hace falta una grúa para mantenerlo en posición vertical. Pero al lado de esas imágenes de machismo desenfrenado, uno encuentra objetos tan finos como aquel armario medieval español, rescatado de un monasterio en plena guerra civil, sobre el cual dormita el gato de cerámica que le regaló Picasso. También merodean por el patio unos cincuenta gatos más, descendientes directos de la manada que atraía Hemingway cada vez que destripaba los pescados de las fotografías. Al igual que el del armario, lo que más hacen los gatos es dormir la siesta, amodorrados por el sol de Florida y los bocados que tan generosamente le obsequian los turistas literarios. Pero mientras el felino de Picasso tiene las extremidades perfectamente normales (no data del periodo cubista), los gatos del patio cuentan con un dedo de sobra en cada pata delantera. Los de Hemingway también eran así, lo que ha servido para comprobar el parentesco. Ya que el común de los gatos tiene las patas normales, cabría preguntarse por qué todos los que le llegaban a Hemingway eran polidáctilos. No conozco la respuesta oficial, pero me agrada pensar que quizás se deba a que también el autor pertenecía a la misma estirpe que sus gatos: la de los superdotados.